

Como desees: Historias inconcebibles del rodaje de “La princesa prometida”

CARY ELWES (CON JOE LAYDEN)

Pról. Rob Reiner, trad. Luz Achával Barral, Barcelona, Ático de Libros, 2020, 260 pp.

Aquellos que fueran niños durante los maravillosos ochenta y luego se convirtieron en cinéfilos grandes —o al contrario— tendrán grabadas a fuego en su memoria frases como “Lamento no complaceros”, “¡Inconcebible!”, “Hola, me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre, ¡prepárate a morir!”, “Hay pocos bustos perfectos en este mundo. Sería una lástima estropear el tuyo” o “Dormid a gusto y soñad con enormes mujeres”. Pienso en los mismos que no tardarían en averiguar que “Como desees” significa “Te amo” y después han vuelto a disfrutarlas cien veces en *The Princess Bride* (*La princesa prometida*, Rob Reiner, 1987), filme a partir de la novela homónima (1973) de William Goldman.

Andado ya casi un cuarto de siglo desde su estreno, Cary Elwes, el inolvidable Westley (“El hombre de negro”) del clásico de Act III Productions, nos sumerge, con la ayuda de Joe Layden y una portada —quizá lo peor de este libro— del afamado Shepard Fairey, en las

mil y una historias de un rodaje que supuso un hito en las vidas de todos cuantos participaron: Robin Wright, Mandy Patinkin, Chris Guest, Billy Cristal, Chris Sarandon, André el Gigante...

A lo largo de trece capítulos, seguidos por el epílogo del productor Norman Lear, el actor británico compone unas divertidísimas “memorias de juventud” que se anclan a su papel más celebrado. No en vano, lo catapultó dentro de la industria y favoreció tanto su acceso a personajes más complejos en la década de los noventa —*Bram Stoker’s Dracula* (*Drácula de Bram Stoker*, Francis F. Coppola, 1992), *Cradle Will Rock* (*Abajo el telón*, Tim Robbins, 1999)— como el último verdeo de su fama entre los adolescentes del nuevo milenio, gracias a *Saw* (James Wan, 2004), *Saw 3D* (Kevin Greutert, 2010) y la tercera temporada de *Stranger Things* (Hermanos Duffer y Shawn Levy, 2019).

Que *La princesa prometida* —novela y película— es un título

de culto lo avalan su éxito en los videoclubs —bastante menos en los cines— de las postrimerías de la pasada centuria y las frecuentes reposiciones en televisión. Hoy se la estima una de las cintas más populares del Hollywood moderno, figura en el ranking “100 años... 100 pasiones” del *American Film Institute* y el guion de Goldman, doblemente oscarizado por *Butch Cassidy and the Sundance Kid* (*Dos hombres y un destino*, George Roy Hill, 1969) y *All the President's Men* (*Todos los hombres del presidente*, Alan J. Pakula, 1976), aparece en el directorio del Gremio de Escritores Estadounidenses como uno de los cien mejores jamás producidos. Seguro que por tratarse de una historia de amor *bigger than life*, de una fantasía de capa y espada, de un cuento para niños listos y, ¡abracadabra!, de una sátira de esos tres géneros. Así lo prueba el rosario de anécdotas que Elwes desgrana a lo largo de 260 páginas que se leen de un tirón y con una sonrisa en los labios.

El cómico y ahora diarista obtuvo el papel (“Mi encuentro con Rob: Berlín, 29 de junio de 1986) a raíz de la exhibición internacional de un largometraje de época —hoy también *cult movie*—: *Lady Jane* (Trevor Nunn, 1986), que ha-

bía servido para presentar en isabelina sociedad a la menuda Helena Bonham Carter, lustros antes de que (para su desgracia) se “burtonizara” en demasía. Rob Reiner, que empezaba a ser reconocido por su falso documental *This is Spinal Tap* (1984), no dudó a la hora de seleccionar a aquel atractivo rubio de veintitrés años; ¡y eso que bizqueaba ya del izquierdo! Al margen de su evidente bisoñez, Elwes había pasado por la *Academia de Música y Arte Dramático de Londres* (LAMDA), el *Actors Studio* y el “metódico” *Instituto de Teatro y Cine Lee Strasberg*. Por si le faltaba algo, ¿era capaz de imitar al protagonista de *Fat Albert and The Cosby Kids* (1972)! Y añadiré aquí, según confesión del propio actor, que su padre era devoto de la novela de Goldman y que, al poco de que saliera a la venta, le regaló un ejemplar de *La princesa prometida*. Tampoco será de dominio público que el libreto del creador de *Marathon Man* (1974) hubiera viajado antes —como la falsa moneda— de las manos de Norman Jewison a las de Robert Redford, y después a las de John Boorman y François Truffaut. Lo cierto es que, hastiado por la mala fortuna de su obra más querida, William Goldman compró los derechos a la Fox y solo

venció sus reticencias a cualquier tipo de adaptación cuando supo que el bienhumorado de Reiner no sentía la tentación de destrozarla.

El segundo capítulo (“Preproducción y mi encuentro con Buttercup”) describe la platónica afinidad —desde que asomó su naricita por los estudios Shepperton— de Elwes con Robin Wright, que encarnaría a la heroína, acaso “la mujer más hermosa que había existido en cien años. [Aunque] a ella no parecía importarle”, según rezaba en el texto. Si impagable fue para el londinense la oportunidad de interpretar a un Errol Flynn con gesto bromista, a la actriz texana, que apuntaba buenas maneras pero solo contaba en su haber la frioleira de ¡524 capítulos del culebrón *Santa Bárbara* (Rick Bennewitz, 1984-1988)!, le tocaron todos los boletos de la rifa. Y eso que a menudo se olvida que Wright recibió tres nominaciones consecutivas a los *Daytime Emmy* por dar vida a Kelly, hija menor del magnate CC Capwell. Luego vendrían la muy *hippy* Jenny Curran de *Forrest Gump* (Robert Zemeckis, 1994), la Antíope de *Wonder Woman* (Patty Jenkins, 2017) y, claro, la perversa Claire Underwood de *House of Cards* (David Fincher, 2014-2018). ¡Para algo le ha valido su

matrimonio con Sean Penn! Elwes elogía aquí su sentido del humor y la facilidad para imitar acentos, incluido el inglés más shakesperiano, toda vez que su padrastro nació en las Islas.

Estas primeras secuencias ponen encima de la mesa una certeza en la que pocos repararon entonces. Es *vox populi* que Reiner y su ayudante Andy Scheinman reunieron un reparto de campanillas: Cary Elwes (Westley), Robin Wright (Buttercup), Mandy Patinkin (Íñigo Montoya), André the Giant (Fezzik), Billy Cristal (Max el Milagroso), Wallace Shawn (Vizzini), Carol Kane (Valerie), Chris Sarandon (Príncipe Humperdinck) y Christ Guest (Conde Rugen). Sin embargo, el equipo técnico no le fue a la zaga, pues hablamos de la flor y la nata de las epopeyas (galácticas o no) de la *sci-fi* de los sesenta, setenta y mediados de los ochenta. A saber: Nick Alder se había ocupado de que una larva xenomorfa saliera de las tripas de John Hurt en *Alien* (*Alien. El octavo pasajero*, Ridley Scott, 1979) y de los efectos de *The Empire Strikes Back* (*El imperio contraataca*, Irvin Kershner, 1980) y *Conan the Barbarian* (*Conan el Bárbaro*, John Milius, 1982); Norman Garwood lucía ya en su currículum la dirección artística de *Bra-*

zil (Terry Gilliam, 1985) y el aprecio de otro de los *Monty Python*, Michael Palin, al que por cierto Elwes idolatra; de la banda sonora se encargaría Mark Knopfler, cuyo grupo, los *Dire Straits*, acababa de reventar estadios con su quinto álbum: *Brothers in Arms* (1985); y a Phyllis Dalton, responsable del vestuario de las legendarias *Lawrence de Arabia* y *Doctor Zhivago* (David Lean, 1962 y 1965), le debemos el traje del hombre de negro, a caballo entre el Zorro, el bigotito de Douglas Fairbanks y los cuadros de Brueghel y N. C. Wyeth; sin desdeñar el jubón florentino de Vizzini o las vaporosas sedas de Buttercup.

Maestros todos ellos en sus respectivas profesiones. De ahí el interés del libro de Elwes, que restaura un luminoso fresco sobre quién era quién en la vieja meca del cine a fines del Novecientos. A los mencionados habría que sumar a Bob Anderson y Peter Diamond, los verdaderos protagonistas —más si cabe que Elwes y Mandy Patinkin— de los capítulos 4 (“*En garde!*”) y 11 (“El mayor duelo de espadas de la Época Moderna”). Es probable que el lector menos familiarizado con los filmes de espadachines ignore que Diamond trabajó durante tres décadas como entrenador de esgrima

de Errol Flynn y Burt Lancaster, amén de coordinar entre 1976 y 1983 las escenas de acción de la trilogía original de *Star Wars* (*Episodios IV, V y VI*). Para los fanáticos de la saga, apuntaré que interpretó al morador de las arenas que sorprende a Luke Skywalker (Mark Hamill) en Tatooine. Por lo que atañe a Anderson, era él (y no David Prowse: véase el documental *I am your Father!*, Marcos Cabotá y Tony Bestard, 2016) el que se escondía detrás de la máscara de Darth Vader y el que empuñó su sable láser en *The Empire Strikes Back* (*El imperio contraataca*, 1980) y *Return of the Jedi* (*El retorno del jedi*, Richard Marquand, 1983). Gracias a ambos, la pareja de actores que inmortalizaron al joven Westley y al español Íñigo Montoya adquirieron las habilidades necesarias —fruto de un durísimo adiestramiento— para rodar un duelo de espadas que, si bien no resultó el más largo de la historia del séptimo arte (tal honor continúa recayendo sobre el desafío entre André-Louis Moureau (Stewart Granger) y el marqués de Maynes (Mel Ferrer) en *Scaramouche* (George Sidney, 1952)), sí que se tradujo en una secuencia de algo más de tres de minutos que mereció el aplauso de Goldman.

Como digo, los diversos platós de *La princesa prometida* se metamorfosearon en un circo de veinte pistas en el que brillarían con luz propia un gigante y un enano. La metáfora no es baladí: Elwes recuerda que la única vez que a Rob Reiner le flaquearon las fuerzas, desesperado por el clima del Distrito de los Picos, recobró su característica alegría en cuanto Adrian Biddle, el director de fotografía, sin mediar palabra, sacó tres pelotas *hacky sack* del bolsillo y... se puso a hacer malabares. Pero si este libro alcanza a perdurar —al menos entre los aficionados— será por las descacharrantes anécdotas sobre André el Gigante, leyenda del *wrestling* que prestó su rotundo y maltrecho corpachón al entrañable Fezzik. Remito al capítulo “La mesa italiana y mi encuentro con Fezzik”. Aunque habrá quien haya visto el mediotraje de HBO (*André the Giant*, Jason Hehir, 2018), la pluma de Elwes se afana en descubrir no solo al hombre que logró paralizar a todo un país durante su pelea contra Hulk Hogan, sino a un colega delicioso al que, en su mocedad, el mismísimo Samuel Beckett llegaría a hacer de chófer (“¿Esperando a... André?”). Y también a un *gourmet* de tronío, capaz de ingerir arrobos de “Americanos” (un *cocktail* a base

de whisky, vodka, ron y otros espirituosos) antes de desplomarse en la recepción de un hotel, cual Gulliver posmoderno; y de aterrorizar al equipo con el seísmo causado por una de sus flatulencias.

Tal carisma, como su sombra, alargadísima, se impone en las páginas dedicadas al intelecto de Wallace Shawn (el siciliano Vizzini), graduado con honores en Harvard y Oxford, escritor, profesor de literatura, hijo de un íntimo de J. D. Salinger, guionista y coprotagonista, junto a André Gregory, de *My Dinner with André* (*Mi cena con André*, Louis Malle, 1981), que se pasó media película insistiendo en que lo iban a despedir y a quien el otro André —sí, el gigante— auxilió para calmar su acrofobia en la escena en los Acanilados de la Locura (a la sazón los de Moher, Irlanda). Ojo, buena parte de ella se filmó en estudio y, a pesar de todo, el cultísimo Shawn rehusó escalar los nueve metros de yeso y estuco. Repito que la atalaya biográfica de André, digna de una novela, asoma por todos lados. Cosas de ser inmenso. Verbigracia, para no revelar más de lo necesario, en el capítulo 10 (“Un par de contratiempos”), pues fue el culpable de que Cary Elwes se rompiera el dedo gordo de su pie izquierdo. Ya averiguarán cómo.

Vale asimismo la pena el retrato de un Billy Cristal —el brevísimo pero decisivo personaje de Max “el Milagroso” pudo ir a parar a manos de Mel Brooks— empeñado en buscar referentes para construir al histriónico taumaturgo, mientras añadía al soberbio guion de Goldman morcillas de su cosecha que hoy representan algunos de los diálogos más citados: “Sí, hijo, el amor verdadero es lo más grande del mundo... Con excepción de un bocadillo de cordero, lechuga y tomate, cuando el cordero es rico y magro y el tomate está en su punto”.

He señalado que en este circo de Reiner había también un enano. Se trata del diminuto y tatuadísimo Danny Blackner, al que seguro que casi nadie recuerda. Por el solo motivo de que este liliputiese *punk*, que ya había prestado sus servicios en filmes como *Labyrinth* (*Dentro del laberinto*, Jim Henson, 1986) y *Return of the Jedi* (he aquí el tercero de los vínculos entre la cinta de Reiner y la galaxia de los Skywalker), igual de generacionales que *The Princess Bride*, ¡estaba dentro de una de las RAGs (Roedores de aspecto gigante) del Pantano de Fuego! Resulta incluso candorosa la factura de aquellos trajes de látex, goma y polipiel, tan ochenteros y alejados de los fabulosos *animatro-*

*nic*s de Spielberg en *Jurassic Park* (*Parque Jurásico*, 1993), apenas un lustro después; del rotoscopiado de Robert Zemeckis (*Polar Express*, 2004) o de los hombrecillos azules de James Cameron (*Avatar*, 2009). Empero, aunque se vea la trampa y el cartón, no restan un ápice de encanto a las aventuras de Westley, Buttercup, el príncipe Humperdinck y el asesino de los seis dedos.

El libro viene adornado por un pequeño cuadernillo, a todo color, con fotos de la cinta y del rodaje. Y se cierra con el capítulo 13 (“Un final de cuento de hadas”), donde se relatan los problemas que hubo para dar con un póster siquiera comercial, las críticas en las gacetas americanas, los cumplidos de un espectador oval (Bill Clinton) y de otro bastante más santo (Juan Pablo II) y la ternura de Bill Goldman, que nos dejó en 2018, durante la proyección con motivo del vigésimo aniversario del estreno. Además, Elwes ha tenido el acierto de taracear sus palabras con las de sus compañeros, contrapunteando su discurso con sucesos no menos gloriosos. ¡Diviértanse asaltando el castillo!

Rafael Bonilla Cerezo
Universidad de Córdoba